lo riguroso de la estación invernal, y adivinábase que había cortado un amplio mantón en tres pedazos para envolver con ellos á los pequeñuelos. Adelantó la mujer hasta la mesa que ocupaba el centro de la habitación y dejó sobre ella algunas monedas de plata.

— Ahí tiene usted el dinero del alquiler, señora Eloísa; — dijo. — Si quiere usted darme el recibo...

La portera parecía sorprendida, pero no dijo nada; recogió el dinero y dió el recibo que se le pedía. Y como manifestase la intención de obsequiar con una pastilla de chocolate á los pequeños, la madre se opuso.

— No necesitan nada; — dijo.

Y salió seguida de las criaturas.

—¡ Orgullosa es la señora! — dijo la portera. — Ayer no tenía con qué pagar, y hoy me hubiera visto en la precisión de ponerla de patitas en la calle, porque el señor Thiébaut así lo tiene dispuesto. Ese hombre es terrible para los inquilinos del *hospital... conque decía usted, mi buen señor Pascal, que murió el jardinero...* ¿ Está usted seguro?

— Tanto, — replicó con calma el orfebre, — tan seguro estoy, señora Eloísa, que ahora mismo ha visto usted á su viuda.

—¡ La señora Didier! — exclamó la portera.

— ¡ Silencio! — ordenó Roberto Pascal.

Y salió lentamente.

XVX

LA CASITA DE LA CALLE DE LOS SAUCES

Eran las dos de la madrugada; la noche clara, el frío intenso, la helada copiosa.

La calle vieja de los Molinos aparecía casi desierta, y cerrada á piedra y lodo la grande y pesada puerta del hotel del Mapa-Mundi. Sólo de vez en cuando resonaba en el resbaladizo pavimento ó en las aceras de la calle el paso sonoro de algún poeta noctámbulo. A veces, la discusión pesada y machacona de unos cuantos literatos juerguistas se terminaba en el interior de la taberna de las Tres Pintas, cuyos góticos ventanales parecían hacer guiños amistosos á los pasantes más ó menos sedientos. Todos empujaban la puerta, y entonces llegaba hasta la calle el eco de gritos, de discusiones, de cantares báquicos, y el rumor de los odres de cerveza chocados violentamente unos contra otros, y la voz del Profesor, que repetía su eterno apoteosis á Montmartre: «¡ Colina sagrada, ubre tres veces santa, granítica y formidable, á la que vendrán

á abrevarse las generaciones ávidas de ideal! »
Luego la puerta se cerraba y de nuevo se hacía en la calle solitaria el silencio más completo.

Y he aquí que en la noche á que nos referimos abrióse de pronto la puerta del hotel y una sombra, después de cerrar el portón, se deslizó hasta la acera, pasando junto á los ventanales de la taberna, circunstancia que nos permite reconocer en dicha sombra á nuestro amigo Roberto Pascal. Aun no había llegado á la esquina de la calle de los Molinos cuando otra sombra, salida de la taberna de las Tres Pintas, se deslizó detrás de la primera con evidente propósito de seguir á la primera.

Roberto Pascal se volvió, hubo de ver la sombra y continuó la marcha como si nada hubiera visto.

— Me lo esperaba; — pensó. — Alguien me sigue, y me alegro, porque así podré saber quién es ese hombre. Bien he hecho de no salir por la puerta trasera...

Felicitándose así de sus resoluciones llegó á la esquina de la calle de la Abadía completamente desierta en aquel momento, y pocos instantes después llegaba al pasaje del Eliseo de las Bellas-Artes, con cien pasos por lo menos de ventaja sobre el hombre que le seguía.

La callejuela, estrecha, parecía deslizarse en rápida pendiente hacia los bulevares exteriores; á uno y otro lado veíanse casucas pequeñas pomposamente bautizadas con el nombre de hoteles, precedidas de jardinillos incultos y sucios, no más grandes que un pañuelo de bolsillo, que no eran en realidad otra cosa que miserables zaquizamíes á los que las mujeres de

vida airada conducían á sus amantes de un momento para desvalijarlos con más comodidad, pues si el procedimiento del gato es conocido por tal nombre desde hace poco tiempo, la operación en sí data sin duda alguna de la más remota antigüedad.

Iba Roberto Pascal envuelto en pesada capa con esclavina y tocado de un sombrero flexible cuyas anchas alas ocultaban su cara casi por completo. En el trayecto del pasaje del Eliseo de las Bellas Artes encontró una pareja que ni reparó en él por hallarse ocupadísima en discutir las más viles cuestiones pecuniarias. En el extremo de la calleja, ya en la esquina del bulevar, una mujer se hallaba de centinela.

Pascal se fué hacia ella y le dijo dos palabras que pusieron á su disposición á la individua.

— ¡*Navaja y cuerda!*

Y enseguida añadió:

— *Por el gran Debé, abre los clisos:* (abre los ojos por Dios).

— ¡Habla! — dijo la hembra tratando de reconocer á su interlocutor; — estoy de vigilancia.

— Detén al hombre que me sigue y mírale bien la cara.

— Pues ahueca, que ya está ahí.

Alejóse Pascal en dirección al bulevar Rochechouart; su espía, su seguidor, llegaba nada más que á la mitad del pasaje, cuando la mujer de vigilancia, que parecía pasear tranquilamente, hizo un singular ruidillo con los labios, y lo abordó con desenfado junto á un reverbero. En aquel sitio siniestro, que lo hacía más aún la luz vergonzante de la linterna municipal, la mujer resultaba aún algo apetitosa. Era joven

todavía, su boca bonita, los cabellos relucientes de pomada, los ojos químicamente alargados, la voz dulce, voz de niño, de timbre grato.

— Oye, moreno, ¿te has olvidado ya de tu Lolota? Pues hijo, ni que tuvieras el palpitante (el corazón) de piedra.

Apenas pronunciadas estas palabras, detrás de la sombra se dejó oir otra voz algo ronca, menos grata.

— ¡Vaya con el postinero! ¡Apenas si presume el señorito! ¡Mira tú que pasar sin decir nada á Belota!... Pues anda que peores que yo las encontrarás por ahí. ¡Mira, enjuágate los ojos, mocito...

Y así diciendo levantó sus faldas hasta más arriba de las rodillas. Pero otra voz, que sin exagerar podemos calificar de aguardentosa, procuraba enternecer á su vez á la sombra detenida por la primera mujer.

— ¡Joven! oiga usted, joven, que es la Palota la que le llama; la Palota que tiene el estómago en los calcañales, y que tomaría con gusto un tente en pie si es que usted se lo ofrece, buen mozo...

La sombra, furiosa al verse así detenida, miró alternativamente á Lolota, á Belota y á Palota, procurando abrirse paso; pero las tres mujeres, riendo como locas, lo tenían encerrado en un círculo estrechísimo que no le era dado romper sin violencia.

Conteniendo cuanto podía su rabiosa impaciencia tuvo sin embargo la desgracia de tocar, para apartarla un poco, á la *angelical* Lolota; y como ésta tomó ruidosamente al cielo por testigo de la brutalidad de la sombra, surgió de pronto otra sombra, salida nadie sabe de dónde, pero que era con seguridad la sombra

de un gentilhombre, porque se puso enseguida á disposición del sexo ultrajado.

— ¿Qué es lo que quiere usted de la señora? preguntó la nueva sombra con tono que no debía admitir réplica alguna, porque la sombra primera, se limitó á sacar un revólver del bolsillo.

Las tres mujeres lanzaron un grito y aun antes de que el revólver tuviese tiempo de mezclarse en la conversación, un garrotazo llegado de procedencia desconocida hizo caer el arma de las manos del desconocido ultrajador de señoras honestas. Y cuando vuelto de su sorpresa quiso el hombre recoger su revólver, un pie cayó sobre el mismo, y la sombra se vió rodeada por media docena de individuos de caras patibularias.

Todo el mundo callaba. Este detalle lejos de tranquilizarle, alarmó al desconocido, quien hubo de pensar que las sombras silenciosas esperaban sin duda una orden ó una seña para arrojarse sobre él. Pensó que si gritaba estaba perdido. Y he aquí que de pronto, á la luz incierta del reverbero, creyó observar que algunas de aquellas alarmantes fisonomías no le eran del todo desconocidas.

— Sí, sí, no me engaño; — dijo. — Son los titís de Pantruche.

Y animado, creyó posible salir del mal paso añadiendo:

— Por lo visto esta noche se trabaja por el gran Debé (por el rey).

Aquellas palabras produjeron cierta emoción entre las sombras. La primera, que ya había hablado, dijo:

— Puede : pero vas á decirnos el santo y seña, ó cuéntate con los difuntos.

Dicho esto, el que tomara la defensa de Lolota, recogió el revólver.

Retrocedió un poco el desconocido, y de nuevo se vió envuelto en una verdadera red viviente : hombres y mujeres lo estrechaban, tocándole, imposibilitándole todo movimiento. Creyóse perdido, porque no conocía el santo y seña que acababan de pedirle.

— Si es que has oido hablar del gran Debé, — dijo el que parecía jefe de aquellos bandidos, — ya debes saber que yo no gusto de delatores...

— Hay que desgomarle (matarle) — dijo Lolota con su voz angelical. — Es un espía; no tiene el santo y seña y conoce á los titís de Pantruche en la calle del Eliseo de las Bellas Artes. Sabe demasiado el piri... Sin embargo, no lo enfríes sin mirarle antes la jeta.

— ¡ Tiene razón la chica! dijo el jefe de la banda.

Y empujó al desconocido hasta colocarlo de modo que le diese de lleno la luz del farol de gas.

Dicho jefe era un gran diablo, delgado como un junco. Levantó el sombrero del desconocido, mirólo con atención y hubo de reconocerle, no obstante la barba postiza que lo disfrazaba, porque volviéndose un instante, dijo á las damas y á los gentilhombres :

— ¡ Campo !

Alejáronse todos sin chistar, desapareciendo entre las sombras, como si se hubiesen sumido en la noche.

Cuando se vieron solos, el hombre delgado que tomara la defensa de Lolota dijo á su prisionero :

— ¿ Es usted, Dixmer ?

Y el otro contestó :

— Yo mismo, Pata de gallo.

— ¿ A quién iba usted siguiendo ?

— No lo sé : y precisamente para saberlo lo seguía.

— ¿ De dónde lo vió usted salir ?

— Del Mapa-Mundi.

— ¡ Ah! Pues debe ser un personaje, porque conoce todos los santo y seña, incluso los que sirven para obedecer como si mandara el gran Debé en persona. En cambio usted, señor Dixmer, no tiene ningún santo y seña... Y no es eso lo peor : lo peor es que allí donde le encontremos á usted, tenemos orden de matarle como á un perro. ¿ No sabe usted que su nombre está expuesto en la Profunda ?

— ¿ En las Catacumbas ?

— Sí, señor ; usted sabrá porqué. En fin, alégrese usted de haber caído esta noche entre mis manos. Me debe usted la vida, señor Dixmer, y espero que no lo olvidará fácilmente. Tome usted, guarde su revólver.

Y Pata de gallo devolvió á Dixmer el arma.

El susto que acababa de recibir, y la inesperada clemencia de Pata de gallo emocionaban de tal modo al polizonte que no acertaba á decir una palabra.

— Oiga usted — añadió Pata de gallo ; — hay cosas que no pueden decirse así, al aire libre; además aquí no tenemos sillas. Vaya usted pasado mañana por la noche al *Angel Guardián* ; vaya usted tranquilo y sin temor á nada. La compañía no será muy numerosa pero bastará para lo que tenemos que decirnos.

Dicho esto, silbó.

— Deja pasar al señor, Lolota, — dijo ; — el hombre

no se mete con nadie, y además te ofrece sus excusas.

Dixmer dijo en voz baja á su salvador :

— Gracias, Pata de gallo... A la recíproca, y hasta pasado mañana.

Llegado al bulevar, un suspiro de satisfacción se escapó de su pecho, por más de que hubo de renunciar á seguir la perdida pista de Roberto Pascal. Y como tras el pasado susto lo mejor que podía hacer era meterse en la cama, dirigióse en derechura á su domicilio, donde se entregó al descanso reparador.

Volvamos á Roberto Pascal. Este, una vez desembarazado del hombre que lo seguía, había tomado un coche y héchose conducir del otro lado de la colina montmartresa. Una vez allí, dejó el carruaje, y subiendo á pie la áspera pendiente, llegó por fin á la calle de los Sauces.

Detúvose en el centro de ella para mirar atentamente en torno suyo. El silencio era absoluto, medroso, y el paisaje muerto aparecía iluminado hasta con prodigalidad por la luna llena. Altos y ruinosos, los muros de un jardín situado á la derecha brillaban con el brillo del mármol de las tumbas, iluminados por los pálidos rayos del astro de la noche.

Y sin embargo, ningún muro en el mundo podía ser más siniestro que aquel, á los ojos del joven orfebre, por más de que, como sucede con todos los muros viejos, era un compuesto de piedras y de musgo. Ningún sendero podía parecerle más árido que el pobre camino pedregoso que ofreciase á su vista, y ninguna puerta era susceptible de hacer que á su vista palpitase el corazón de Roberto con la misma violencia con que palpitaba á la vista de

aquella puertecilla baja, de madera podrida y goznes herrumbrosos practicada en el muro siniestro.

Roberto Pascal, húmeda la frente con el sudor de la angustia, miraba el umbral de aquella puerta como deben mirar los peregrinos de Jerusalén en el Gólgota el camino por el que se deslizaron los pies del divino Maestro.

En ella hubo de apoyarse para no caer, pues parecíale que todo daba vueltas, como si se agitase á este pensamiento que le dominaba: « ¡Hace veinte años que franqueó *ella* esta puerta en una noche como la de hoy, noche de luna y de crimen, y esta puerta no se volvió á abrir para la infeliz jamás, jamás! » Y luego añadió en voz alta : « Aún está ahí. »

El sonido de su propia voz en la noche desierta pareció volverle á la realidad de la vida, é hizo un esfuerzo supremo para posesionarse de toda la fuerza moral y física de que iba á tener necesidad.

— Vamos, — dijo, — ¡á la obra!

Entreabrió la capa. Bajo ella ocultos llevaba algunos objetos que dejó en el suelo con precaución, hecho lo cual deslizóse sigilosamente á lo largo del muro, al pie del cual se encontraba, hasta que dió frente á la Posada del Presidio.

En el sendero desierto perfilábase la sombra de la casa; Roberto entró en dicha sombra y se volvió. Así situado tenía á su derecha el muro, y algo más abajo la puertecilla misteriosa, única que era posible ver, desde la posada, en la desnudez de los muros que formaban la calle de los Sauces.

Roberto habíase preguntado más de una vez, durante

sus citas con el inquietante señor Macallán en la posada de la tia Fidela, qué podía ser aquella propiedad abandonada en la que nunca se veía entrar á nadie y en la que jamás sonaba rumor alguno. También preguntó acerca de ello á la patrona; pero ésta habíale respondido que desde que ella tomara la posada hubo de preguntar lo mismo á los habitantes más viejos del barrio, y que todos ellos habíanse encogido de hombros, en ademán de ignorancia.

Lo indudable era que en aquella propiedad no vivía nadie, y que á juzgar por las trazas nadie la había visitado desde muchos años antes. Y Roberto Pascal, al hacerse entonces esta reflexión, estaba muy lejos de pensar que precisamente en aquella finca abandonada se hallaba, al alcance de su mano, lo que venía buscando desde mucho tiempo antes.

Pero en fin, ya estaba allí; desde el sitio en que se detuviera, Roberto examinaba toda la longitud del muro accesible á su vista, buscando un sitio propicio para practicar un escalo, porque estaba resuelto á no servirse de la puerta. No quería servirse de ella porque le hubiera sido preciso descerrajarla, tal vez echarla abajo, y él deseaba operar sin ruido, con tanto más motivo cuanto que á dos pasos de allí, detrás de él, dormía la tía Fidela en el mismo cuarto en el que veinte años antes los esposos Prevost, ocultos tras los visillos, asistieron como testigos invisibles, á las idas y venidas nocturnas de los extraños vecinos de enfrente.

Miró el joven, durante un segundo, á las ventanas del primer piso de la posada, sumidas en la obscuridad, y enseguida se acercó de puntillas á la puerta de la

misma en la que aplicó el oído; y satisfecho sin duda del silencio reinante, se enderezó pensando en la tarea que debía cumplir.

No lejos del sitio en que se hallaba la puertecilla, el muro había conservado algunas tejas que formaban á manera de un sombrero. Con habilidad incomparable y maravillosa seguridad de movimientos lanzó Pascal por encima de ese sombrero de tejas una cuerda no muy larga, terminada por una grapa de hierro; agarróse ésta al muro, y entonces, ágil como un gato, Roberto trepó sin dificultad alcanzando la cresta de la tapia en el preciso momento en que las tejas cedían al esfuerzo de los dientes de la grapa. El escalo hubiera sido imposible de no realizarse con rapidez inaudita. Pero un segundo después de lanzada la cuerda, la tía Fidela hubiera podido ver cabalgando sobre la tapia una sombra que, inclinada hacia la calle, hacía subir con ayuda de una cuerda algunos objetos bastante pesados que debió atar antes de lanzarse al asalto de la propiedad abandonada. Pero la tía Fidela nada vió, porque, menos curiosa que la señora Eloísa, dormía á aquellas horas á pierna suelta.

Cuando los objetos de que hablamos llegaron á su alcance, la sombra los tomó, arrojándolos del otro lado de la tapia; luego enderezóse, iluminada por los pálidos rayos lunares, y los pliegues de su manto diéronle apariencias de monstruoso pájaro nocturno: de alguno de esos prodigiosos vampiros con que la imaginación, ó la fantasía popular puebla las tinieblas en torno de los cementerios, de los campos de reposo, por el estilo del que había no muy lejos de aquellos lugares trágicos.

Desapareció la sombra. Roberto había caído sobre un montón de hojas podridas que amontonara allí el cálido aliento de veinte otoños. Apoyado en el tronco de un haya miró en torno suyo. La claridad lunar presentaba á su vista un jardín fantástico, uno de esos lugares como sólo se ven en las pesadillas que agobian á los calenturientos, y daba á los árboles proporciones extrañas y actitudes de fantasmas, y parecía detenerse cabrilleante en los troncos enhiestos ó encorvados, orgullosos ó vencidos, que levantaban desesperadamente sus brazos ó los dejaban caer, en actitud humilde, hacía el suelo endurecido. Algunos de aquellos árboles parecían suplicar, mientras que de otros hubiérase dicho que lanzaban maldiciones.

En oposicíon con aquellas claridades inquietantes, ciertos rincones del jardín aparecían poblados de sombras extrañas, informes y entrelazadas, que fingían á veces nudos de serpientes gigantescas librándose á los azares de un combate encarnizado; otras veces siluetas de monstruos, inclinados como si se contasen historias misteriosas, de esas que sólo se confían al viento que pasa... Pero aquella noche no había viento; todo estaba inmóvil. Ni una nube en el cielo, ni el más ligero estremecimiento en el jardín...

Lo más curioso de este era la obstrucción prodigiosa operada por el tiempo, la extraordinaria confusión de ramas muertas y de troncos vivos. Nadie había penetrado allí desde veinte años antes, y el antiguo jardín, abandonado á sí mismo, hubo de convertirse en selva virgen. Las plantas parásitas, las trepadoras y las rastreras, habíanse apoderado de los árboles, envolviéndolos en redes inmensas, con

seguridad impenetrables durante el verano. Pero estábamos en invierno, la estación que lo desnuda todo; en un invierno claro, frío y transparente, y en una noche de luz... ¿Cómo no había de saber encontrar Roberto lo que, en tiempos ya muy lejanos, fueran caminos?

Y aunque no hubiese encontrado ninguno, él hubiera sabido abrírselo á través de la inextricabilidad del jardín, rechazando la vana protesta de las ramas, que habría apartado con sobrehumano esfuerzo, para llegar, tal vez ensangrentado y maltrecho, al objetivo que se proponía, á la casita que se alzaba allí, en el fondo de la propiedad, guardada por el jardín misterioso; á la casita del crimen; á la casita de la calle de los Sauces.

¡Pobre Roberto Pascal! Él se creía fuerte, invulnerable, inaccesible á la emoción, posesor de un corazón de bronce... Y sin embargo, desde que le conocemos le hemos visto ya llorar y aun desmayarse. ¡Ah, miseria de la miseria humana! ¡R. C. llorando! ¡R. C. desmayándose como una mujerzuela!

Y no es eso todo. Ahora vamos á ver cómo tiembla. Él, que bajo la apariencia del conde Téramo Girgenti se ha inclinado con frecuencia sobre el misterio de las tumbas, temblará en presencia nuestra, como un niño, ante la evocación de la muerte.

Cuando en marcha lenta y dificultosa hubo recorrido el camino doloroso que le separaba de la casita muda; después de tropezar mil veces, engañado por una pista traidora, con las ramas cimbreantes y de luchas con esos fantasmas que parecen los árboles durante la noche, llegó por fin frente á una escalinata en cuyo

primer peldaño depositó los objetos que atara poco antes á su cintura, y escogiendo uno de ellos, que era una linterna sorda, la encendió.

Hallábase la fachada de la casita sumergida por completo en la sombra, y sobre ella paseó el joven el haz luminoso de su linterna. A favor del mismo distinguió la pared, de ladrillos, en la que abrían tres ventanas á la altura del primer piso, y otras dos, más una puerta, en los bajos, dando la última, como es natural, á la escalinata. Puerta y ventanas se hallaban cerradas herméticamente.

Arrimadas á la escalinata, vió Roberto algunas erramientas que debieron servir para el entretenimiento del jardín; una pala, un azadón, y además, una llana de albañil.

Subió el joven los cuatro peldaños de la gradinata y encontróse delante de la puerta. Puso la linterna sobre la balaustrada y armado de una ganzúa llevada á prevención con los demás objetos, la introdujo enseguida entre la puerta y el muro, algo por debajo de la cerradura, usando de ella con entera libertad por abrirse la puerta hacia adentro.

Sin necesidad de desplegar una fuerza excesiva, saltó la pieza de la cerradura en que entra el pestillo, y la puerta quedó abierta. Un olor particular, el que se advierte al entrar en las habitaciones cerradas durante largo tiempo, impresionó desagradablemente á Roberto, quien no distinguía cosa alguna en el hueco que al abrirse dejara la puerta al descubierto. Tomó pues su linterna, y con ella en una mano y la ganzúa en la otra penetró resueltamente el rey de las Catacumbas en la casita de la calle de los Sauces.

R. C. se encontró enseguida en un vestíbulo, estrecho y bastante largo, que se terminaba por una escalera que conducía al primer piso. Un rayo de luna, penetrando por una claraboya sin cristal colocada en el fondo del vestíbulo, marcaba como un cuadrilátero de luz blanquecina en el primer peldaño de la escalera. En el vestíbulo había tres puertas : dos á la izquierda y una á la derecha.

El nocturno visitante de aquellos lugares abandonados empujó una de las puertas de la izquierda : la más inmediata á él, y luego de franquearla se encontró en una sala de exiguas dimensiones en la que nada interesante hubo de ofrecerse al pronto á la avidez de sus miradas. Sala de fumar sin duda, aquella habitación hallábase amueblada sencillamente, con mesas y sillas de bambú, butacas de mimbre y un velador sobre el cual vió Roberto un servicio completo de fumador. Luego, paseando por las paredes el haz luminoso de su linterna, pudo ver colgados en ellas algunos dibujos representando mujeres ligeras de ropa, pero en actitudes naturales, sin asomos de obscenidad. El lápiz que dibujara aquellos desnudos era sin duda el de un artista.

Disponíase ya Pascal á abandonar aquella habitación cuando tropezó con una cuerda, atada á una silla larga, que hubo de llamarle la atención por hallarse llena de nudos extraños. Cuanto á la silla, una de esas sillas largas de jardín destinadas á los perezosos y á los enfermos, era de mimbres, y parecía como si una mano furiosa se hubiese empleado en estropearla, pues los mimbres estaban arrancados con violencia en algunos sitios, y hundidos en otros. Además de la

cuerda en que tropezara Roberto, atada á uno de los pies de la silla, había otra retenida igualmente por uno de sus extremos á uno de los brazos.

A la luz de la linterna vió el joven esparcidos por el suelo, cerca de la silla, muchos de los mimbres arrancados á esta última, y un retazo de tela fina que se apresuró á recoger dando un suspiro que más que de tal tenía de rugido voluntariamente ahogado.

Cuando poco después salió de la estancia, temblaba en sus manos la linterna, tal vez porque otros fragmentos de mimbre y una cuerda que encontró en el vestíbulo y que antes no pudo ver, parecían indicar que la silla larga había sido arrastrada desde la habitación de la derecha hasta la salita de fumar que acababa de ver en detalle. Empujó pues la puerta de dicha habitación y vióse detenido desde luego en su marcha por toda una serie de obstáculos con los que había de tropezar necesariamente. Para evitarlo en lo posible, y recordando que aquella habitación tenía dos ventanas en la fachada, deslizóse á lo largo del muro y abrió la segunda de ellas. La luz blanca de la luna en su pleno entró entonces libremente en aquella habitación sumida durante veinte años en la más completa obscuridad, y alumbró un espectáculo de indescriptible desorden.

¿Qué orgía pantagruélica y qué escenas de lucha, pudieron inmovilizar de aquel modo, en confusión inenarrable, todos aquellos testigos mudos de las mismas: la mesa en que fuera servida una cena tan dramática como copiosa á juzgar por las numerosas botellas que rodaron por el suelo; las copas rotas cuyos fragmentos brillaban en la alfombra; el mantel

medio arrastrado, como si á él se hubiera asido con violencia una mano ensangrentada, que dejó marcados en el lienzo sus dedos con huella tan indeleble que dijérase acabada de imprimir? ¡Y luego, aquellas butacas y sillas derribadas, y aquella mesa con una pata rota, inclinada como si de hallase ebria, con la embriaguez que hubo de agitarse en torno suyo! ¡Y aquel espejo, en el fondo de la habitación, que no era más que una prodigiosa estrella producida por el golpe brutal de un hombre borracho!

Avanzando á pasos lentos Pascal examinó todas aquellas cosas mudas, estudiando detalles, inclinándose unas veces sobre un objeto imperceptible, permaneciendo otras pensativo ante un pliegue del mantel, arrodillándose en la alfombra, proyectando en los rincones el haz rojizo de su linterna, y levantándose en fin de pronto como ansioso de respirar el aire que no llegaba á sus pulmones oprimidos...

Salió por fin de aquella habitación agarrándose á las paredes, tambaleándose, como si también él hubiese tomado parte en la orgía pretérita. Sus labios murmuraban frases incoherentes. Y he aquí que de pronto pareció recobrar toda su energía, y con paso de autómata comenzó á subir la escalera que conducía al primer piso.

En éste había dos puertas. Roberto abrió sin vacilar una de ellas, la de la derecha, como si estuviera seguro de que era aquella y no la otra, la que debía de abrir, y la mano izquierda apoyada en el picaporte, llevó la derecha á la altura de la frente para desnudar su cabeza.

Obedeció la puerta á la presión. Lo primero que vió

Roberto en aquel cuarto fué una ventana con barrotes; luego sus ojos se fijaron en una cama. La habitación tenía algo de cuarto y de calabozo al mismo tiempo; calabozo elegante si se quiere, pero tal vez por eso más lúgubre que el de una cárcel. Nada en verdad tan siniestro como aquella cama con baldaquín rodeado de cortinajes polvorientos, con tal esmero cerrados, que hubiérase dicho que la mano que los dispuso en aquella forma había querido confiarles algún temible secreto.

Por lo demás, todo en aquel cuarto estaba en orden. En un escritorio pequeño apoyado contra la pared aparecían dispuestas, como si se fuera á hacer uso de ellas algunas cuartillas de papel. Una pluma dentro de un tintero seco parecía acabada de poner en él, y la silla que figuraba junto al escritorio estaba colocada de modo tal que podía creerse que una persona acababa de levantarse de ella interrumpiendo tal vez una correspondencia comenzada, hipótesis muy admisible en presencia de la disposición en que aparecían todos aquellos objetos : la mesa, el papel, el tintero, la pluma y la silla.

Prometíase Roberto verlo todo, examinarlo todo con detenimiento; pero había algo en aquel cuarto que llamaba poderosamente su atención. Ese algo era la cama, la cama cerrada, que sin duda ocultaba un secreto. Hacia ella fué enseguida, y respetuosamente, con ademán piadoso, separó el joven las cortinas.

Apareció la cama hecha, intacta, tan en orden como todo lo demás de la habitación. La almohada, con guarniciones de encaje, parecía esperar aún, después de tantos años, la cabeza que acostumbraba á reclinarse en ella, y la colcha de seda ocultaba ciudadosamente, como con pudores de virgen, las sábanas y mantas.

En presencia de aquel lecho, Roberto Pascal se dejó caer de rodillas, lo mismo que poco tiempo antes hiciera Liliana en aquel jardinillo del barrio del Observatorio al que la acompañara el conde de Téramo Girgenti. Y he aquí que al adoptar esa reverente actitud, por el joven olvidada desde los tiempos de su infancia, al inclinarse sobre el lecho, cruzadas con fervor las manos, la colcha se deslizó en parte, resbalando suavemente; quiso Pascal restituirla á su pristino estado, y sus manos febriles tropezaron con algo que bajo ella se ocultaba; algo que no era precisamente ni tela ni lana. Hubo de buscar con avidez y no tardó en descubrir un cuaderno de papel que llevó enseguida sobre la mesa, presentándolo á la luz de la linterna. Y con santa emoción pudo leer en la primera página estas palabras : « Hoy te he dejado en la Inclusa mi pobre y querido Roberto... » palabras que estaban manchadas con lágrimas.